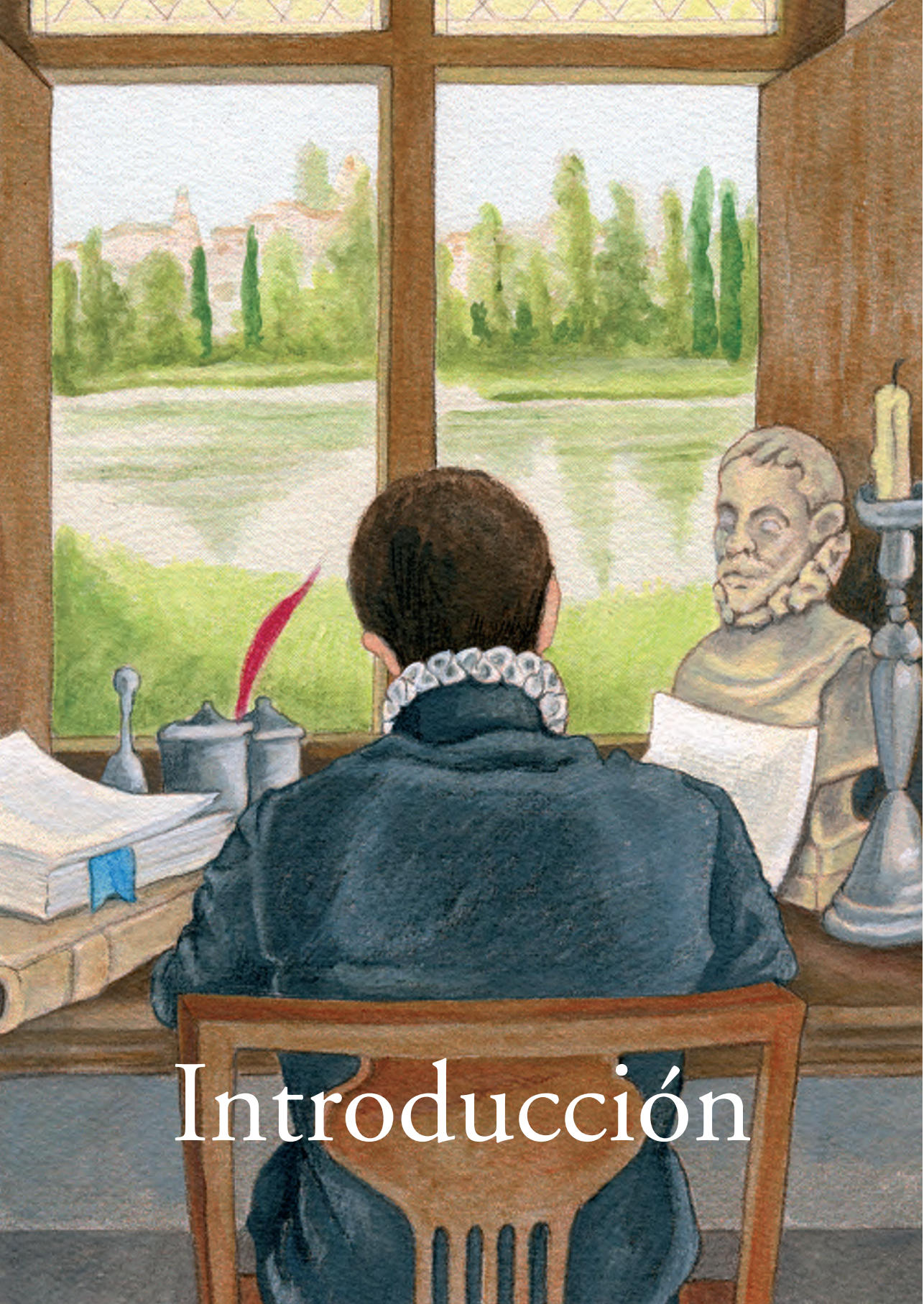
CLÁSICOS A MEDIDA

Lazarillo de Tormes

Anónimo

Adaptación de Juan Manuel Infante Moraño
Ilustraciones de Isabel Arechabala

ANAYA



Introducción

¿Qué es el *Lazarillo?*

La historia de un pícaro. A mediados del siglo XVI, Lázaro de Tormes, en un relato escrito como si fuera una carta, contó su vida. ¿Quién era este Lázaro y qué tenía que contar? ¿Acaso era el protagonista de una nueva hazaña caballeresca?

Durante la Edad Media, Europa estaba llena de caballeros andantes que vagaban por el mundo en defensa de la lealtad, la justicia y la verdad, principios fundamentales del código de honor de la caballería. En tiempos de guerra ofrecían sus servicios, y en tiempos de paz participaban en torneos deportivos. De esta manera ganaban fama y fortuna. Sus vidas y hazañas fueron relatadas en las novelas de caballerías. Pero esos héroes históricos (el rey Arturo, Carlomagno, el Cid) pronto dieron paso a algunos héroes de ficción.

La lectura de los libros de caballerías se puso de moda en la España del Renacimiento, gracias al gusto de los lectores por

las obras imaginativas y al espíritu aventurero de unos hombres lanzados a descubrir un continente nuevo: América. En las bodegas de las naves que cruzaban el Atlántico no faltaban libros como *Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Palmerín de Inglaterra* o la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Las fantásticas aventuras de los caballeros andantes se habían convertido en la lectura favorita de todas las clases sociales, incluido el propio emperador Carlos V.

Un pícaro, un superviviente

El *Lazarillo* tuvo un rápido éxito entre los lectores y la obra alcanzó una gran popularidad. Sin embargo, Lázaro de Tormes no era ni un héroe ni un caballero andante, sino un pícaro, es decir, «un hombre sin oficio que hace cualquier oficio por falta de oficio», según lo definió, cuatro siglos más tarde, el escritor cubano Alejo Carpentier.

El pícaro era un muchacho de origen humilde, nacido de padres sin honra, casi delincuentes, que servía a varios amos, pasaba hambre y debía recurrir a su ingenio y a la mendicidad para subsistir. Como los caballeros, perseguía también la fama y la fortuna, pero estos valores no los alcanzaba por defender su honor ni el de los demás, sino más bien al contrario, a pesar de su deshonra. Y si Lázaro no era más que un pobre *criado andante* que hacía lo que podía para sobrevivir, ¿qué sentido tendría contarle su vida a quien se la contó?

Nuestro personaje es un joven de *veintitantos* años. Vive en Toledo, donde ejerce uno de los oficios de peor consideración social en la época: el de pregonero, es decir, se dedica a reclamar la atención de las gentes sobre distintos productos que se

venden por las calles. Acaba de casarse con la criada del arcipreste de la iglesia de San Salvador, propietario de los vinos que Lázaro pregona y vende en la ciudad. Pero las malas lenguas andan *pregonando* que la mujer de Lázaro visita con demasiada frecuencia la casa del arcipreste, de día y de noche. Los rumores de adulterio han llegado a oídos de una persona muy importante de la sociedad toledana (citada en el texto como *vuestra merced),* la cual solicita a Lázaro que le cuente el «caso» con todo detalle. Y Lázaro le responde con una extensa carta, considerando que para entender su actitud ante dicho «caso», es necesario que se conozca toda su vida: cómo nació, quiénes fueron sus padres, cómo pasó su infancia y a qué amos sirvió hasta conseguir el oficio de pregonero. En consecuencia, tiene sentido contar su vida —según el propio protagonista— para poder mostrar a los demás cuánto mérito tienen aquellos que, habiendo nacido en el seno de una familia humilde, han logrado alcanzar el estado de «bienestar» del que ahora presume Lázaro.

La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades es, pues, la carta autobiográfica de un antihéroe, cuya vida no transcurre por los prodigiosos reinos de los caballeros andantes, sino por lugares castellanos muy conocidos y en compañía de personajes cercanos a los españoles de la época del emperador Carlos V.

Con el *Lazarillo* se inicia el género de la novela picaresca, donde por primera vez un marginado desempeña el papel protagonista de una historia, contada por él mismo. Pero, aunque el pícaro tiene una base real en los mendigos de la época, este pícaro literario es un personaje de ficción que cuenta como si fueran verdaderos, sucesos que no lo son. Por tanto, el *Lazarillo* es una novela *realista* solo en el sentido de que pretende contar la

vida de un pregonero de Toledo de manera verosímil, como si hubiera existido de verdad. En esto radica su originalidad, pues no se había escrito nada igual hasta la fecha. Tras el éxito del *Lazarillo*, la novela picaresca se consolidó en los primeros años del siglo XVII con la publicación del *Guzmán de Alfarache,* de Mateo Alemán, y de la *Vida del Buscón llamado don Pablos,* de Francisco de Quevedo.

La carta de Lázaro asombró a los lectores del siglo XVI, circuló como manuscrito antes que como libro, llegó a estar prohibida por la Inquisición y se editó censurada durante mucho tiempo; pero la obra superó todas las adversidades, dio pie al nacimiento de la novela moderna y ha llegado hasta nosotros como una obra maestra de la literatura española.

La vida de Lazarillo de Tormes,

y de sus fortunas y adversidades

Prólogo

Yo creo que es bueno que cosas tan comentadas, y quizá nunca oídas ni vistas, sean conocidas por muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea encuentre algo que le agrade, y a los que no profundicen tanto los entretengan. Y a propósito de esto dice Plinio[1] que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»; principalmente porque los gustos no son todos iguales, y lo que uno no come, otro suspira por ello, y así vemos cosas que algunos valoran mucho y otros poco. Y esto implica que ninguna cosa se debería romper ni rechazar, salvo que fuese muy despreciable; antes al contrario, las cosas se deben comunicar a todos, especialmente si no causan daño y puede sacarse de ellas algún fruto. Porque, si no fuese así, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se escribe sin trabajo, y ya

[1] *Plinio:* con esta sentencia de Plinio, autor latino del siglo I, Lázaro intenta ganarse la benevolencia del lector para con su relato.

que hacen el esfuerzo, quieren ser recompensados, no con dineros, sino con que vean y lean sus obras y, si hay motivo para ello, se las alaben.

¿Quién piensa que el soldado que se coloca el primero en la escalera de asalto a un castillo aborrece la vida más que nadie? Ciertamente no es así; mas el deseo de ser alabado le hace exponerse al peligro; y así, en las artes y en las letras sucede lo mismo. Predica muy bien el clérigo y es hombre que desea mucho el bien de las almas; mas pregúntenle si le disgusta que le digan: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!». Combatió torpemente el señor don Fulano y le regaló su vestidura al bufón porque le alababa el manejo de las lanzas: ¿qué no le habría dado de haber sido verdad?

Y todo va de esta manera. Así que, confesando que yo no soy más santo que mis vecinos, no me pesará que hagan comentarios sobre esta humilde carta, que escribo en estilo sencillo, y disfruten con ello todos los que en ella algún placer encuentren, y vean cómo sobrevive un hombre que ha sufrido tantas desgracias, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra merced que reciba este pobre servicio de quien desearía hacerlo más rico si pudiera. Y pues vuestra merced pide que le escriba y relate el caso con todo detalle, me pareció mejor empezar desde el principio, para que se tenga completa noticia de mi persona; y también para que consideren los que heredaron títulos de nobleza qué poco se les debe, pues la diosa Fortuna se mostró favorable con ellos, y cuánto mayor es el mérito de los que, siéndoles contraria la suerte, remando con fuerza y maña, llegaron a buen puerto.

Cuenta Lázaro su vida y quiénes fueron sus padres

Pues sepa vuestra merced, ante todo, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, razón por la cual tomé el sobrenombre, y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía el cargo de atender una aceña[1] que está a la orilla de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, se le presentó el parto y allí me parió; de manera que en verdad me puedo considerar nacido en el río.

Siendo yo un niño de ocho años, acusaron a mi padre de hacer cortes en los sacos de los que allí venían a moler, por lo cual fue llevado preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por la justicia. Espero que Dios lo tenga en la gloria, pues el Evangelio llama bienaventurados a los perseguidos.

[1] *Aceña:* molino de harina cuya rueda es movida por la corriente del agua.

En este tiempo se organizó una expedición naval para luchar contra los moros, y en ella fue mi padre, que por entonces estaba desterrado[2] a causa del desastre ya dicho, con el oficio de cuidar las mulas de un caballero que allá fue, y con su señor, como criado fiel, acabó su vida.

Mi viuda madre, al verse sin marido y sin protección, decidió arrimarse a los buenos para ser uno de ellos, y se vino a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y se metió a guisar para unos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador[3] de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas. En ellas conoció a un hombre moreno de los que cuidaban las bestias. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba por la mañana. Otras veces, llegaba a la puerta de día y, con la excusa de comprar huevos, entraba en casa. Yo, al principio de su entrada, sentía miedo de él, viendo el color y el feo rostro que tenía; mas desde que vi que su venida mejoraba el comer, le fui queriendo más, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, con los que nos calentábamos.

Así que, visitando la casa de noche y de día, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, con el cual yo jugaba y ayudaba a cuidar. Y recuerdo que estando el negro de mi padrastro jugueteando con el mozuelo, como el niño nos veía a mi madre y a mí blancos, y a él no, huyó de él hacia mi madre, con miedo, y, señalándole con el dedo, dijo:

—¡Madre, coco!

Él respondió riendo:

—*¡Hijoputa!*

[2] *Desterrado:* expulsado de la Corte (población en la que reside el rey) por orden de la justicia.

[3] *Comendador:* caballero perteneciente a una orden militar con derecho a cobrar rentas.

Yo, aunque aún era muy niño, reparé en aquella palabra de mi hermanico, y dije para mí: «¡Cuántas personas debe de haber en el mundo que huyen de otras porque no se ven a sí mismas!».

Quiso nuestra mala fortuna que llegara a oídos del mayordomo[4] la relación entre mi madre y el Zaide, que así se llamaba mi padrastro, y, hecha la investigación, se descubrió que hurtaba la mitad de la mitad de la cebada que le daban para las bestias, y simulaba que se habían perdido cepillos, paños, leña, pienso, y hasta las mantas y sábanas de los caballos; y cuando no tenía otra cosa, quitaba las herraduras a los animales, y con todo esto ayudaba a mi madre a criar a mi hermanico. Si no nos asombramos de un clérigo ni de un fraile cuando el primero hurta a los pobres y el segundo al convento para mantener a sus devotas[5] y a sus hijos, tampoco debemos sorprendernos de un pobre esclavo al que el amor le animaba a hacer lo mismo.

Y consiguieron probar cuanto digo y aun más; porque a mí me preguntaban con amenazas, y, como era niño, respondía con miedo y descubría cuanto sabía: hasta ciertas herraduras que por encargo de mi madre vendí a un herrero. Al triste de mi padrastro lo azotaron y le echaron grasa caliente sobre las heridas, y a mi madre pusieron por pena, además de los acostumbrados cien azotes, que no entrase en la casa del mencionado comendador ni acogiese en la suya al lastimado Zaide.

Por no echarlo todo a perder, mi pobre madre sacó fuerzas de flaqueza y cumplió la sentencia. Y, por evitar más peligros y quitarse de las malas lenguas, se fue a servir a los que por en-

[4] *Mayordomo:* administrador del Comendador.

[5] *Devotas:* el autor hace una crítica religiosa al igualar el comportamiento del padrastro con el de los clérigos y frailes que robaban para mantener a sus devotas, es decir, a sus amantes.

tonces vivían en el mesón de la Solana; y allí, padeciendo mil incomodidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y yo hasta que fui buen mozuelo, que les iba por vino y por velas para los huéspedes y por todo lo que me mandaban.

En este tiempo vino al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo serviría para guiarle, me pidió a mi madre, y ella me entregó a él, diciéndole que yo era hijo de un buen hombre, el cual, por defender la fe, había muerto en la batalla de los Gelves, y que ella confiaba en Dios que yo no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba que me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así comencé a servir y a guiar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días y las ganancias no eran del gusto de mi amo, decidió irse de allí; y cuando llegó la hora de partir, yo fui a ver a mi madre, y ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Te he criado y con buen amo te he puesto; válete por ti mismo.

Y así me fui para mi amo, que me estaba esperando.